

Díptico

Valeria Esparza

Encontré a Dios y no me quiso saludar

Dios me vio de reojo
y se cambió de banqueta.
Subió la música de sus audífonos,
estaba más interesado
en la voz de Chavela Vargas,
que en mi grito del otro lado de la calle.
Dios subió a la ruta ocho.
«Esa no va para el cielo»,
dije.
Todos me observaron,
menos él.
Motivé que Dios huyera,
ahora merezco
un lugar en la Biblia,
los sagrados sacramentos
ya los tengo,
hace falta una generosa
donación a la Iglesia.
¿La razón de este suceso?
Es clara, está apenado
por nuestro último encuentro
dijo aquella vez
que se le pasó la mano
y tuvo que llevarse

A Ernesto

A Carmen

A Ángel

A Leticia

A Luis

A Emma

Dijo que no supo
a quién pedirle ayuda,
que cuando todos
te creen perfecto
 invencible
 inquebrantable
no hay margen de error.
Le dije que tenía
una licencia de perdón,
estreché su mano,
y sin contacto visual,
dio la vuelta cabizbajo.
Eso fue hace dos años,
se hizo adicto a los accidentes
y ahora debe más de un *perdón*.
Dios no me quiso saludar,
quizá la culpa lo asecha
y queda de Dios solo
un ser irremisible.

¿Por qué no fui escrita?

Si mi llegada a este mundo fuese
porque Laura Esquivel me escribió
y no porque Dios creyó
que mi familia necesitaba a una integrante más.
Hubiese sido como Tita de la Garza
ella con su comida, y yo con mi poesía,
quien me leyera
hubiera llorado con cada verso
que con lágrima escribo.
Se enamoraría de aquella espalda ancha
que me espera todos los viernes en el jardín,
y entenderían porque me aterra escribir puntos finales,
y porque mi nombre se escribe con punto y coma;
Pero qué más da
que diga que, con mis versos,
comparto el olor de la cocina en la que no habito,
o que escribo con la pluma,
con la que no fui creada.
Qué más da que lo diga,
si de todos modos escucharán
gritos de auxilio que nadie atenderá.